

apoderarse de la inteligencia y de la voluntad de los seres por ella fanatizados, quiere también su oro, y no repara en villanía alguna para lograrlo. El general difunto, el tipo de nuestros gobernantes que sólo piensan en enriquecerse, aunque su enriquecimiento traiga consigo la ruina patria; como representa el padre, no existente, de Matilde, el tipo del negociante, del traficante en oro que sólo en tener oro piensa, aunque el conseguirlo cueste la felicidad y la honra de cientos de infelices.

Matilde y Enrique son la juventud, el retoño que puede brotar de esas ramas podridas.

Eso son ellos. Y como dos combatientes, separados por una fortísima muralla, se alzan, encima y debajo de ellos, Manuel, el hijo de la clase media, ennoblecido por el estudio y por el trabajo, independizado por la inteligencia, dispuesto a remover el mundo con las iniciativas de su genio; Manuel, representación de la inteligencia y de la justicia, y Aurora, la hija del pueblo, que en medio de su miseria se conserva sana, en medio de su abandono, honrada; en medio de su ignorancia, noble; y en medio de su miseria, buena.

Esas dos aspiraciones, la aspiración inteligente de arriba y la aspiración suplicante de abajo, uniéndose un momento, para separarse después por las exigencias brutales de la organización social; viviendo separadas, cada una por su sitio; la de arriba fortaleciéndose y engrandeciéndose; la de abajo cada vez más suplicante y más desatendida. La movediza muralla que entre ellas se interpone, tratando de embrutecer á la una, de envilecer la otra; y las dos aspiraciones contemplándose á distancia, aproximándose fatalmente; compadeciendo la una, admirando la otra; hasta que llega un momento en que, la que admira ama, se penetra con la admirada, desea vivir con ella, combatir con ella, librarla de los lazos, de las asechanzas, de las celadas que se le tienden; y la que compadece, hace, más que compadecer los sufrimientos de la compadecida, se identifica con ellos, los considera como suyos propios; desea redimirla, salvarla; hacerla suya para ser de ella; hasta que, aproximándose cada vez más, con empuje simultáneo, derriban la muralla que se opone á su unión, la destruyen y se juntan en abrazo fecundo para producir una humanidad nueva. Este debe ser el símbolo de la obra: la humanidad redimida por la inteligencia y por la fuerza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

ACTO PRIMERO

El teatro representa el despacho destinado á Manuel, en el hotel donde viven Remedios, su hija Matilde y don Ambrosio, hermano de Remedios.

Puerta al fondo cubierta por amplia colgadura de terciopelo rojo. A un lado y otro de esta puerta, armarios de cristales. Uno de ellos estará lleno por libros primorosamente encuadernados; el otro, que estará aforrado en rojo por dentro, ostentará sobre sus estantes múltiples y brillantes aparatos quirúrgicos.

A la izquierda, en primer término, un balcón; en segundo una puertecita que supone comunica con el gabinete de reconocimientos. Delante del balcón habrá una mesa-ministro de nogal, y un sillón de cuero de Córdoba con respaldo de talla. Encima de la mesa todos los utensilios «de ritual»: gran tintero, prensapapeles, toma-notas, termómetro, lámpara eléctrica, etc., etc.

En el lateral derecha, ocupando el centro del mismo, una puerta que supone comunicar con las restantes habitaciones de la casa. Esta puerta, así como la de la izquierda y el balcón del mismo lateral, ostentará cortinajes, iguales en color, á los de la puerta del fondo.

En las paredes libres, cuadros y retratos al óleo. Uno de estos retratos representará un viejo en traje de general, con el pecho lleno de cruces y bandas.

El mueblaje de la habitación será, exceptuando un *puff* de terciopelo rojo, que ocupará el centro del despacho, de nogal y cuero.

Encima del *puff*, habrá un busto de Hipócrates, y en los ángulos de la decoración, que será cerrada, bustos de hombres célebres colocados sobre repisas de nogal.

Del techo y perpendicular al *puff*, penderá una lámpara eléctrica de cuatro brazos.

La escena comienza al mediar la mañana.

Al levantarse el telón aparecen en escena Remedios, sentada en un diván, que ocupará el primer término izquierda de la escena, el Doctor Ramírez que estará sentado al lado de Remedios y Matilde en pie, figurando examinar el mueblaje y decorado de la habitación.

ESCENA PRIMERA

Matilde.—Remedios.—El doctor Ramírez.

MATILDE

¡Vamos!... ¡No tendrá queja del despacho! (Dirigiéndose donde están Remedios y Ramírez.)

REMEDIOS

¡Faltaría que la tuviese habiéndolo arreglado yo bajo la dirección técnica del ilustre doctor Ramírez, de este

AURORA

querido amigo de mi juventud, ¡de esta ilustre panacea de mi vejez! (Con tono jocoso.)

DOCTOR

¡Y qué juventud la suya, Remedios!... ¡Cuidado si era usted hermosa y tentadora y codiciable y...

REMEDIOS

No tanto... (Con coquetería.)

DOCTOR

Lo es usted aún: ¡pero entonces!... Muchas veces entré á visitarla como médico y salí de su habitación en clase de enfermo. ¡Qué recuerdos! ¿eh?... ¡Ay amiga de mi alma!...

REMEDIOS

¡Ay, doctor! (Con resignación picaresca.) No evoque usted cosas pasadas, pecadillos de vanidad y coquetería; mundenos delirios que abominé *por siempre jamás*, al vencerme de que sólo en Dios, reside la suprema ventura. (Con hipocresía.)

DOCTOR

Sí, señora, sí. (Con sorna.) Ha cambiado usted mucho de tres ó cuatro años á esta parte. Entre Dios y el reumano la tienen á usted secuestrada.

MATILDE

Indudablemente. Y eso que, si mamá quisiera, aun podría darme padrastro.

DOCTOR

Si hace falta uno, aquí estoy yo.

REMEDIOS

(Con satisfacción.) ¡Este Ramírez!... (Con afectada seriedad.) Vaya, vaya, ocupémonos en el despacho de mi sobrino. ¿Verdad que resulta precioso?

MATILDE

Admirable.

DOCTOR

¡Cuánto dinero va á meter tu presunto marido en estos cajones! (Golpeando los de la mesa del despacho. A Matilde.)

MATILDE

(Con mal disimulada ansiedad.) ¿Cree usted que sí?

REMEDIOS

De seguro.

DOCTOR

No te quepa duda. Aparte de su ciencia, posee la más infalible condición para ganar dinero á esportones.

MATILDE

¿Cuál?

DOCTOR

(Con sarcasmo.) No necesitarlo.

MATILDE

Eso...

DOCTOR

(Interrumpiendo.) Me parece que con dos millones de pesetas que os entregará don Homobono el día de la boda, no os moriréis de hambre.

REMEDIOS

Sin embargo, Manuel, usted lo sabe, quiere trabajar en su profesión; y hace perfectamente. Por mucho dinero que haya, nunca está de más.

MATILDE

Di otra cosa: que está siempre de menos.

AMBROSIO

No obstante, con la renta de esos millones, y lo que Manuel gane, podrás divertirte á tu antojo. Van á llamaros la pareja feliz.

MATILDE

¡La pareja feliz! (Como preocupada.)

REMEDIOS

¡A ver!... Lo mismo decía tu pobre tío, el general difunto. (Señalando el retrato de la derecha.) Por eso encargó en el testamento, á su mandatario y herederos, que os entre-

gasen á ti y á Manuel, si os casábais, esos cuatrocientos mil duros. Pensaba en todo aquel caudillo.

DOCTOR

Si señora; en todo. Gracias á él podemos decir que los norteamericanos sólo poseen la mitad de nuestras colonias.

MATILDE

¿Por qué?

DOCTOR

Porque la otra mitad se la trajo él á España. Era un patriota.

REMEDIOS

(Semiofendida.) ¡Ramírez!

MATILDE

Hizo perfectamente.

DOCTOR

Sobre todo para la comunidad de monjas que administra don Homobono.

REMEDIOS

Las monjas...

DOCTOR

(A Matilde.) Excepción hecha de la suma que recibiréis cuando os casen, han heredado todos los ahorros de aquel aprovechado y católico capitán.

MATILDE

Pero...

DOCTOR

El general era muy precavido y se precavó también para el viaje eterno, girando un millón de duros al Paraíso. Así no le habrán puesto dificultades.

REMEDIOS

Fué un santo.

DOCTOR

Y Manuel y tú seréis dichosos, muy dichosos.

REMEDIOS

Eso espero.

DOCTOR

¡Vaya!... Ricos, jóvenes, Manuel con talento, con hermosura tú, ¿qué más necesitáis?... Para tus comodidades este hotel; para sus ganancias este despacho. Visitas de cortesía y visitas de enfermo no faltarán. Con el dinero que dejen las segundas, podéis sufragar el gasto que hagan las primeras.

REMEDIOS

No obstante...

MATILDE

Por mucho que sepa Manuel, mientras se acredita...

DOCTOR

Dale ya por acreditado. Un coche á la puerta, una casa magnífica, un despacho como este... y veinte mil duros de renta, acreditan á un médico antes que todas las curas y todos los diplomas del orbe.

REMEDIOS

¡Qué tontería! (Riendo.)

DOCTOR

Es el evangelio. Los enfermos y las alondras se parecen mucho. Hay que cazarlos con espejuelo.

REMEDIOS

¡Ah, pícaro!

DOCTOR

(A Matilde.) ¡De modo que dentro de un par de meses, esposa de tu primo!... del viajero que hoy esperamos.

MATILDE

Si señor.

DOCTOR

¡Desventurado Enrique! (Con lástima cómica.)

MATILDE

¡Enrique! (Confusa.)

REMEDIOS

(Al doctor.) ¿Pero usted cree que Matilde ha tomado eso en serio? Ni Enrique tampoco. Galanterías, tontunas de jóvenes. Ni él ni ésta recuerdan ya semejante cosa... (Breve pausa. Como recordando.) Y las horas pasan y esa maldita... (Con hipócrita arrepentimiento.) ¿He dicho maldita?... ¡Jesús, Dios me perdone!... La costurera entretenida por allá dentro y sin venir á terminar el arreglo de estas colgaduras. (Toca un timbre que habrá sobre la mesa del despacho.)

DOCTOR

(Bajo á Matilde.) De modo que ¿á Enrique carpetazo? (Con ironía).

MATILDE

(Con sequedad.) Ya oyó usted á mamá. (Entra Petra por la puerta lateral derecha.)

ESCENA II

Dichos y **Petra.**—*En seguida Aurora.*

PETRA

¿Señora?

REMEDIOS

¿Y la costurera?

PETRA

Aquí viene. (Entra Aurora por la puerta lateral derecha llevando entre las manos un lío de flecos encarnados. Vestirá traje oscuro de lana y delantal blanco.)

REMEDIOS

(A Aurora.) Hija, ¿usted cree que se la paga para no trabajar? (Con dureza.)

AURORA

(Con humildad.) Señora, trabajando estaba. Había que unir los flecos y uniéndolos estuve hasta ahora.

REMEDIOS

Bien, bien. De todos modos, y para una cosa tan sencilla, es mucho tardar. No hubiera tardado tanto yo.

PETRA

(Aparte á Aurora.) ¡Ella!... El otro día tardó hora y media en pegar la manga de una blusa... y la pegó al revés.

REMEDIOS

(A Petra.) ¿Qué haces ahí de conversación con Aurora? ¿Terminaste ya tu tarea?

PETRA

No, señora.

REMEDIOS

¿Qué aguardas entonces? (A Ramírez que hojea un libro.) Como usted es de casa, me permito reñir á esta gente.

DOCTOR

Por mí no hay que reprimirse: desahóguese usted ..

REMEDIOS

Son insufribles.

(Petra, que se dirige al fondo, llega cerca de Matilde.)

MATILDE

(Bajo á Petra.) ¿Ha venido Enrique?

PETRA

(Bajo á Matilde.) No.

MATILDE

(Idem á Petra.) En cuanto llegue avísame sin que nadie se entere.

(Petra hace un ademán afirmativo y sale por el fondo.)

ESCENA III

Aurora.—Matilde.—Remedios.—Doctor Ramírez.

Al final Mariano.

REMEDIOS

(Al doctor.) Lo repito: insufribles.

DOCTOR

(Con sorna.) ¡Paciencia!... Dios aconseja tener mucha.

REMEDIOS

Se conoce que Dios, no necesita lidiar con criadas y con costureras. (A Aurora.) ¿Qué haces ahí mano sobre mano?

AURORA

Esperando que me manden ustedes.

REMEDIOS

Deja eso en una silla, (los flecos) entra en aquel cuarto, (el de la izquierda) y haz un dobladillo por abajo á la cortina del balcón. (A Matilde.) Arrastra mucho. (A Aurora.) Cuando termines, vuelves aquí y acabas de arreglar los flecos.

AURORA

Está bien, señora. (Sale Aurora por la izquierda á tiempo que entra Mariano por el fondo.)

MARIANO

(Desde el fondo.) Don Homobono y el señor.

DOCTOR

¡Cómo! ¿Ya había salido de casa su hermano de usted? (A Remedios.)

REMEDIOS

Sí.

MATILDE

¡Vamos, son puntuales!

REMEDIOS

Tienen ustedes tiempo sobrado para ir á la estación en busca de Manuel.

Entran por el fondo don Ambrosio y don Homobono. Mariano que sostiene las colgaduras se inclina ante ellos y sale.

ESCENA IV

Matilde.—Remedios.—Don Homobono.—El doctor Ramírez y Don Ambrosio.

AMBROSIO

(A Remedios.) ¡Hola, hermana! (A Matilde y al doctor.) Felices.

HOMOBONO

(Acercándose á Remedios.) ¡Mi señora doña Remedios! (A Matilde dándole un golpecito cariñoso en la cara.) ¿Y tú, Matildita? Muchos recuerdos me han dado las madres para ti. (A Remedios.) Y para usted.

REMEDIOS

¡Siempre tan cariñosas!

HOMOBONO

(Por Matilde.) Y con esta no hay que decir. ¡Claro! (A Remedios.) Son sus maestras, quienes con el auxilio de usted, la educaron, (A Matilde) las que han hecho de ti lo que eres: una mujer instruída, hacendosa, modesta y buena católica, que es lo principal.

REMEDIOS

No hay otras como ellas. Son...

HOMOBONO

(Interrumpiendo.) Unos ángeles, señora, unos ángeles...

AMBROSIO

Indiscutiblemente.

HOMOBONO

Y ¿cómo les va con mi recomendada?

REMEDIOS

¿Con Aurora?

HOMOBONO

Sí.

MATILDE

No se porta mal.

HOMOBONO

La junta de señoras á quienes sirvo de agente en sus obras de caridad, tiene gran interés por ella: es muy dócil, y puede prestar en casa de usted excelentes servicios. (Aparte.) Sobre todo á mí.

REMEDIOS

En los dos días que lleva de costurera en casa, no tenemos queja.

DOCTOR

(A Ambrosio.) Y tú ¿cómo tan madrugador, hombre?

AMBROSIO

Por culpa de un pleito que me trae á mal traer. Tengo que fallarlo cuanto antes y estoy preocupado, ¡muy preocupado!

MATILDE

¡Pobre tío!

HOMOBONO

(A don Ambrosio.) Asunto intrincado ¿eh?

DOCTOR

¿Difícil?

AMBROSIO

Difícil por sí, no; pero el ministro tira de un lado; la marquesa de Altera, esa influyente y hermosísima dama, de otro, y no sé á qué carta quedarme.

DOCTOR

¡Vaya!... (Con ironía.)

AMBROSIO

Te digo que es una gran contrariedad. De una parte el ministro... esa mujer de otra... ¡Qué ministro más exigente, y qué mujer tan guapa!

DOCTOR

De suerte que te hallas entre la política y la hermosura. ¡Infeliz Ambrosio! Son esos, dos escollos terribles ante los cuales naufraga con gran frecuencia la justicia.

HOMOBONO

¡La justicia es siempre la justicia!

DOCTOR

Naturalmente. Y una mujer guapa, una mujer guapa; y un ministro, un ministro.

REMEDIOS

De todas maneras, indisponerse con los ministros es

mala cosa. Acuérdate de los traslados que sufriste á causa de aquel personaje.

AMBROSIO

¡Vaya si me acuerdo!

DOCTOR

Mira, Ambrosio: á tu edad, y en lo compatible con la justicia, debes optar por el ministro. Como magistrado aun puedes ascender: como hombre ya perteneces á las clases pasivas.

HOMOBONO

¡Qué Ramírez este!

AMBROSIO

Dejémonos de bromas.

MATILDE

(Impaciente.) De lo que deben dejarse es de charlar tanto, para que no se pase la hora y se encuentre solo Manuel en la estación.

AMBROSIO

No te apures mujer. Casi tanto como tú, deseamos nosotros verle. Todos le hemos conocido pequeño y, cual más, cual menos, educado.

HOMOBONO

La estación no está lejos.

MATILDE

Sí, pero...

DOCTOR

¿Tienes mucha prisa en ver á Manuel?

REMEDIOS

Naturalmente.

MATILDE

Yo...

HOMOBONO

No te avergüences. La honestidad y la religión no están peleadas con el cariño. Dios no es egoísta. Con tal de que se le admire por sí y se le respete en las personas

de sus ministros, disculpa las pasiones humanas; sobre todo cuando estas pasiones, son honradas como la tuya. (Golpeando cariñosamente la mejilla de Matilde.) Tener novio y quererle, no es un pecado. (Aparte.) ¡Qué cutis más suave tiene esta chiquilla!

DOCTOR

¡Qué ha de ser pecado! Y más tratándose de un novio como tu primo, quien, á más de su corazón, trae la fortuna en su bolsillo; es decir, en el bolsillo de don Homobono.

HOMOBONO

Fortuna que yo os entregaré con muchísimo gusto el día de la boda, cumpliendo los deseos de ese ilustre varón, gloria de la patria y ejemplo de cristianas virtudes.

Sí, señorita, tendrán ustedes, esos miles de duros. Deseando estoy dárselos.

REMEDIOS

¡Oh, don Homobono!... (Con gratitud.)

HOMOBONO

¡Señora, por Dios! Se trata del cumplimiento de un deber. El testamento es terminante: «Como no tengo herederos forzosos, lego todos mis bienes á la comunidad, etc., encargando y rogando á mi mandatario y herederos, que si mis sobrinos Matilde y Manuel llegan á contraer matrimonio entre sí, les entreguen el día de su boda...

MATILDE

(Impaciente.) ¡Vayan ustedes á la estación que se hace tardel! (Aparte.) ¡Y Enrique sin venir!

DOCTOR

(A todos.) Si vamos. (A Matilde.) Vamos en seguida. Te lo traeremos al galope de mis dos caballos; un galope tranquilo. Los caballos de los médicos no tienen costumbre de galopar. Van casi siempre al paso: como los de las funerarias.

AMBROSIO

Este hombre se burla de todo: hasta de su oficio.

DOCTOR

No ves que lo trato con confianza.

HOMOBONO

(A Remedios) A propósito de Manuel: me han dicho que es hombre á la moderna, de ideas... de esas ideas revolucionarias, opuestas á los mandatos de la Iglesia y la sana moral.

REMEDIOS

(Precipitadamente.) ¡No lo crea usted! Manuel sólo se ocupa de su carrera y de sus libretes.

AMBROSIO

Y de Matilde, por quien cada día muestra afecto mayor.

HOMOBONO

Me habrán engañado; y me alegro. Sería lástima que parte de un caudal amasado por hombre tan piadoso como el difunto, cayera en manos de un impío.

REMEDIOS

Le han engañado á usted; Manuel, en las cartas que dirige á Matilde, habla algunas veces de cosas que ni ésta ni yo comprendemos; pero se refiere á sus estudios, á sus proyectos. De la religión y de la Iglesia, nunca dijo palabra.

HOMOBONO

Más vale así.

MATILDE

(A don Homobono.) No piense usted en ello, y vayan á buscarle.

AMBROSIO

¡Andando!

HOMOBONO

¡Hasta después! (Salen por el fondo don Homobono, el doctor Ramírez y don Ambrosio.)

MATILDE

¡Ay! ¡Gracias á Dios!

ESCENA V

Remedios.—Matilde.—*Al final Aurora y Petra.*

MATILDE

¡Qué aprensivo es el hombre! ¡Bastante le importará que Manuel sea ó no sea religioso!

REMEDIOS

¡Matilde!...

MATILDE

No es eso lo que le importa á él. Lo que le importa es soltar el dinero, la herencia para disfrutar de la cual he de casarme con mi primo.

REMEDIOS

¡Qué cosas dices! Pensar así de don Homobono...

MATILDE

Como gustes.

REMEDIOS

Por supuesto, lleva razón. Ignoro si Manuel cree en Dios ó no cree, pues sus cartas son muy extravagantes.

MATILDE

Sí. (Distraída.)

REMEDIOS

Fué un disparate dejarle marchar al extranjero. ¿A qué fué?... A tomar una indigestión de sabiduría: ¡como si para ser un buen médico hiciese tanta falta viajar! Lo que hace falta, son visitas. ¡Sabe Dios cómo se habrá vuelto en estos cinco años! En fin, lo importante es que os caséis y que os entreguen el dinero.

MATILDE

Como que sin dinero ni se puede vivir, ni gozar, ni tener éxitos en el mundo.

REMEDIOS

Y que nuestra bolsa anda poco abundante. Sostenemos un tren superior á nuestros recursos; todo son ahogos...

MATILDE

No temas. Antes se hará la boda que llegues al fondo de tu caja.

REMEDIOS

Y cuanto antes serás feliz; porque tú quieres á Manuel.

MATILDE

(Con displicencia.) Sí.

REMEDIOS

¡Indudablemente! Aquello de Enrique...

MATILDE

¡Enrique!

REMEDIOS

No es que yo presuma... Ya se que eres juiciosa y que por un capricho de niña no ibas á matar tu porvenir. Enrique es pobre; nosotros sólo contamos con un modestísimo pasar...

MATILDE

¡Mamá, yo!...

REMEDIOS

Por ti no habrá obstáculos, lo sé. Como no los ponga tu primo.

MATILDE

(Sorprendida.) ¡Manuel! (Con orgullo.) ¡Poner obstáculos Manuel! (Pasando por delante de un espejo y mirándose.) ¿Valgo yo tan poco?... Manuel está enamorado de mí: todas sus cartas lo demuestran. Antes de marcharse me adoraba. ¿No seguirá adorándome cuando me vuelva á ver? ¿Ha perdido tanto?

REMEDIOS

¿Tú perder, hija mía?

MATILDE

¡Entonces!... Anda mamá, vamos á arreglarnos un poco. (Entra Aurora por la izquierda.)

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1906. 1625 MONTERREY, MEXICO

ESCENA VI

Aurora. — Matilde. — Remedios. — Luego Petra.

AURORA

(A Remedios.) Ya está eso, señora.

REMEDIOS

Pues empieza con los cortinas. (Toca el timbre que está encima de la mesa-despacho.) Y daros prisa para que esté concluido antes que venga el señorito. (Entra Petra por el fondo.)

PETRA

¿Llamaban ustedes?

REMEDIOS

Ayuda á ésta. (Por Aurora.) (Salen Remedios y Matilde por la derecha.)

PETRA

(Aparte.) ¡A ésta!... ¡A ésta! Como si no tuviese una nombre!... Pero ¿qué es lo que se habrán figurao de nosotras *esas*?

ESCENA VII

Aurora y Petra.

AURORA

No te enfades: así está hecho el mundo. Cada uno nace en él pa una cosa: ellas pa ser felices: nosotras pa pasar trabajos.

PETRA

¡Pa ser felices!... Así como así, ¡lo merecen!... Sobre todo *ésta*; la niña y la mamá!

AURORA

(Trabajando.) ¡Mujer! (En son de protesta.)

PETRA

Deja la labor, chica. Si no está dentro de media hora, estará dentro de una. No te atosigues: lo mismo han de agradecértelo y de pagártelo.

AURORA

(Suspendiendo su labor.) ¡Ay! (Suspirando.)

PETRA

¿Por qué suspiras? ¿Estás de hocico con tu novio?

AURORA

(Con tristeza.) ¡Mi novio!

PETRA

O lo que sea. Algo hay que tener. Miá que si después de pasarse una encerrá en casa quince días, trajinando como una mula, y aguantando pelmas, tuviese una que salir sola á paseo, y divertirse sola, aviá estaba una!

AURORA

(Con amargura y como hablando consigo misma.) ¡Sola!

PETRA

Y este es otro cantar. En toas las casas aonde entras á servir te dicen las señoras «Le participo á usted que á mí no me gustan los novios ni los trapicheos.» ¡Miá que no gustarles!... Serán los de las otras, porque los suyos ¡Camaraita si les gustan!... y por ristras como los ajos.

AURORA

¡Ay! (Suspirando.)

PETRA

¿Otro, ay?... ¿Te duele algo, muchacha?

AURORA

El corazón me duele.

PETRA

¿De qué?

AURORA

De pensar que nacimos muy desdichadas.

PETRA

(Sorprendida.) ¡Desdichás!

AURORA

Sí.

AURORA

PETRA

¡Bah!... No me tengo por desdichá yo. Cierito que sufro los malos humores y las impertinencias de mis amos; pero también me divierto con sus líos y me aprovecho de ellos; y tontera de este, gatuperio del otro, y propina de aquél, no lo paso mal.

AURORA

Si con eso tienes bastante...

PETRA

Con eso, y con otra porcion de cosas. ¡Poquito me divierto yo en las casas aonde sirvo, manque no haya señoritos jóvenes!

AURORA

¡Divertirte!

PETRA

¡La mar! Los señores se burlan y se ríen de nosotros siempre. ¡Buenos primos están! Nosotros si que podemos burlarnos y reirnos de ellos.

AURORA

¿Nosotros?

PETRA

Sí, mujer; ¿qué saben ellos de sus criaos? lo que sus criaos les quieren decir. ¿Qué sabemos nosotros de ellos? Pues toó; sus secretos y sus trampas y sus inominias y sus ruindaes. Calcula quién puede reirse mejor. Si los criaos escribiéramos como esos de los libros ¡cuántas novelas haríamos con la verdad!...

AURORA

¡Petra!

PETRA

Yo no me quejo.

AURORA

Y yo sé que es menester conformarse con la suerte que le toca á una; y me conformo y me doy por contenta cuando encuentro dónde ganarlo, como ahora que, gracias á don Homobono, he entrao aquí á coser.

PETRA

¡Entonces!

AURORA

Pero hay momentos en que tomaría carrera y me rompería la cabeza contra las paredes.

PETRA

¿Y eso?

AURORA

Ha sido muy perra mi vida. (Con desesperación.) ¡Muy perra!... Créelo.

PETRA

Como la mía: como la de toas las probes.

AURORA

No; más, Petra, más.

PETRA

¿Más?... Ya te comprendo, ea. Tú has recibido un desengaño gordo en los siete años que hace que no nos vemos.

AURORA

¡Dios mío!

PETRA

No jipes, no te recomas por dentro. Desahógate, mujer. Digo, si te doy confianza para ello.

AURORA

¿No has de dármele? Juntas nos criamos: en el mismo barrio nacimos...

PETRA

Y de la misma hambre hemos partido la ración. Malos tiempos eran aquellos.

AURORA

¿Te acuerdas?

PETRA

¡Si me acuerdo pregunta!

AURORA

Descalzas, vestidas de andrajes; solas en medio de la calle desde pequeñas. Solas y sin calor de nadie; ni aun el de nuestros padres, ni el del sol. Nuestros padres en la obra ó en la fábrica; el sol sin acercarse nunca á nosotros porque la calle era tan estrecha que no lo dejaba pasar, y nosotras... Nosotras á la merced de Dios, haciendo juguetes con la basura del arroyo.

PETRA

Y así toa la semana.

AURORA

Menos el sábado que era peor aún; porque el sábado nuestros padres se emborrachaban y se gastaban el jornal juntos y volvían á casa con el mismo mal humor, y el mismo mal vino, y á la misma hora.

PETRA

(Interrumpiendo.) Y á la misma hora, en punto, les atizaban á nuestras madres la misma tanda de cachetes. Tu padre y el mío se parecían una atrocidad. Pa mí que eran dos gemelos de incónito. Los domingos era mejor.

AURORA

Si se había trabajao durante la semana. Si no, eran un día de hambre más.

PETRA

Es nuestro sino: trabajar ó andar con el apetito á morrá. Diez años teníamos cuando entramos tú y yo en la fábrica.

AURORA

(Con odio.) ¡La fábrica! ¡Maldita sea! ¡Cuánto la odio!... En ella quedaron los dos únicos regalos buenos que Dios me hizo; mi niñez y mi honra.

PETRA

¡Ay! (Con tristeza y escepticismo.)

AURORA

La primera vez que entré en la fábrica lo hice volviendo la cabeza pa mirar la calle, donde quedaban otras

niñas, disfrutando del aire, del sol, mientras yo iba á sufrir el humo de los fósforos y la humedad negra del taller; otras niñas que jugaban á la luz mientras yo trabajaba á la sombra!... Cuando salí por última vez de la fábrica, lo hice bajando la cabeza y cerrando los ojos, pa no ver á las otras mozas, á las que de niñas me contemplaban con orgullo porque eran más felices que yo y de jóvenes podían mirarme con desprecio porque eran más honrás. ¡Ay Dios mío!... ¡Dios mío!... (Sollozando.)

PETRA

Vamos, mujer, vamos.

AURORA

¡Y aquel hombre! ¡Aquel hombre!... (Con rencor, con desesperación.) ¡Bien se aprovechó de mi ignorancia!... ¡Era el amo, ¡el amo!, el que desde pequeña mandaba en mi voluntad y en mi cuerpo! Tan acostumbrada estaba á obedecerle, que hasta, pa deshonrarme le obedecí.

PETRA

¡El tío canalla!

AURORA

Muy canalla. ¡Mucho! Yo había cumplido entonces catorce años. ¡Qué sabía yo!... ¿Éres niña? ¿Aún no te has enterao de nada, ni de lo que es vivir y gozar tan siquiera? Pues duro, á la fábrica, á ganarte el pan, á sacarte un salario, porque es preciso, porque el salario de los padres no basta para tóo; á obedecer al amo, que es quien dispone de tu jornal y de tu comida; quien puede echarle de la fábrica á puntapiés y hacer que revientes de hambre en medio del arroyo. El amo es tu Dios: dispone de tí, manda en tí... Esta idea es la que le meten á una en los sesos, y una, claro, á cumplir con el amo, á sudar pa él, á trabajar pa él, á hacerse tiras la carne y polvo los huesos por él. ¡Qué remedio! Es la obligación. Y si el sudor te ahoga, y el fósforo te asfixia, y el trabajo te mata, y tu carne se rompe á cachos, y tus huesos se parten á crujiós, ¡no importa! Aguántate que pa eso te pagan. Y si no basta eso, si el amo necesita tu carne pa su diversión como la necesita pa su enriquecimiento, á dársela también: ¡por algo mantiene á tus hermanos y á tus padres, y á tí! por algo te da una peseta de jornal ¡tóos los días!... Ahí tienes lo que aprendí yo; lo que me enseñaban mis compañeras. ¡Ahí lo tienes! Y como

me enseñaban esto, y me decían esto, y no sabía, ni veía otra cosa que esto, ¿qué iba á hacer yo, Petra? Lo que hice; lo que él quiso. ¡Qué afortunadas son las obreras feas! ¡A esas no les piden más que trabajo! (Rompe en sollozos.)

PETRA

¡Vaya, vaya no te acongojes! Lo que no tié remedio á la espalda.

AURORA

Después lo de siempre; como una es un estorbo pa el amo, á la calle: á la calle fuí.

PETRA

Y claro, tus padres te pusieron de vuelta y media y te echaron las cosas en cara cuando te quedaste sin jornal. Eso es lo que sucede.

AURORA

Al poco tiempo, ya lo sabes, mi padre se cayó del andamio y se estrelló contra las piedras, mi madre murió cinco meses después y nosotros, los hijos, los hermanos, echamos cada uno por su lao, á buscárnoslas, á no volver quizá á vernos en el mundo, como los pájaros pequeños, cuando un tiro mata á los grandes. ¡Sola me quedé yo! ¡Sola!... ¿Por qué no me morí el mismo día que mi madre! ¡Me hubiese ahorrao tantos sufrimientos y tantas vergüenzas!

PETRA

¡Chica! (Tratando de consolarla.)

AURORA

Un día me encontré sin trabajo y caí enferma y me llevaron al hospital... ¡En el hospital conocí á Manuel! (Con pasión.)

PETRA

¡A Manuel! (Con asombro cómico.)

AURORA

Sí, á Manuel. ¿Por qué me miras así como si desearas alguna cosa?

PETRA

Pues pa que me presentes á Manuel, porque no tengo el honor de tratarle.

AURORA

Estaba en mi sala de practicante. Casi un chiquillo; veintitún años. ¡Se condujo tan bien conmigo, me tuvo tantas atenciones mientras duró mi enfermedad!... Era tan cariñoso, tan simpático...

PETRA

Que te enamoraste de él y él de ti.

AURORA

Sí, Petra. Le quise como no había querido nunca, como no querré más. Manuel me resultaba un hombre distinto de los otros. Me parecía un Dios; y eso fué, en aquel año de felicidades, mi Dios... ¡Le debo tanto! Me enseñó á leer, á escribir, más que eso todavía, á ser buena: á lo que no me había enseñao nadie.

PETRA

Eso...

AURORA

Y ¿sabes tú, Petra? A medida que iba aprendiendo lo que él me enseñaba, á medida que iba siendo otra criatura, le quería más, y sentía más vergüenza, y más odio contra el pasao, y más asco de mí.

PETRA

¿Por qué?

AURORA

Porque ese pasao nos separaba; porque él no podía querer, con querer duradero, á una desdicháa como yo; porque él necesitaba otra mujer que le diese lo que yo no podía darle. Esa es la mujer que él merecía, la que merece, la que tendrá.

PETRA

Pero Aurora...

AURORA

¿Comprendes ahora mi desesperación? Yo hubiera querido ser esa otra mujer y llegar á Manuel como llegaré la otra, sin llevar en la carne las caricias de ningún hombre y en la conciencia, el recuerdo de ninguna infamia... ¡Ah! ¿por qué no lo conocí antes? ¿Por qué no

vino á mi encuentro aquel día maldito? ¿Por qué no estuvo en la puerta de la fábrica cuando yo llegué á ella y me cogió por un brazo y me llevó con él... ¿Quién más dichosa entonces?... No fué así: vino tarde: recogió en mí, lo que había sobrac á los otros... No: yo no era pa él: por eso admití resigná el momento de la separación.

PETRA

¿Os separásteis?

AURORA

¿Qué íbamos á hacer? Era preciso. Ni el podía sacrificarse por una mujer como yo, ni yo permitir que lo hiciera. Nos separamos. Al poco tiempo él marchó fuera de Madrid, yo continué trabajando y sufriendo. Era justo; no le merecía. Que Dios le pague el bien que me ha hecho.

PETRA

¿A tí?... ¡Bien á tí!

AURORA

¿No te dije que me enseñó á ser buena?

PETRA

¡Si no estás loca te falta el canto de una perra chical! Pues por eso, porque te has vuelto buena no debió dejarte. Más vale la que aprende á ser mala y se vuelve buena que la que aprendiendo á ser buena se hace mala. Por supuesto esas tienen más suerte.

AURORA

¡Quién sabe!

PETRA

Cualquiera. Pregúntaselo á la señorita Matilde. Ahí está la moza preparándose á recibir al que viene á casarse con ella y entendiéndose con Enrique.

AURORA

No murmures. Eso no puede ser, Petra.

PETRA

¡Que no! Como viniste anteayer, no has tenido ocasión de fijarte.

AURORA

Vaya, vaya, déjame concluir la tarea.

(Aurora se arrodilla delante del balcón que está frente á la mesa y empieza á coser la colgadura, colocándose en forma que la mesa la oculte por completo á los ojos de los que entren por la puerta de la derecha y á los de los que entren por el fondo.)
Entra Matilde por la puerta de la derecha.)

ESCENA VIII

Aurora.—Petra.—Matilde.—Al final Enrique.

MATILDE

(A Petra.) ¿Aún no vino Enrique?

PETRA

No, señorita.

MATILDE

¡Parece mentira que tarde tanto! (Con impaciencia.) ¡Y hoy... hoy!...

(Entra Enrique por el fondo.)

PETRA

(A Matilde.) Aquí está don Enrique.

MATILDE

(Dirigiéndose hacia Enrique, que también se dirige á ella.) ¡Por fin!... (Sale Petra por la puerta de la derecha.)
Enrique y Matilde se encuentran en el centro de la escena.
Enrique rodea con un brazo la cintura de Matilde, acción que es vista por Aurora.)

ESCENA IX

Matilde.—Enrique.—Aurora, oculta por la mesa y sin ser vista de Matilde y Enrique.

ENRIQUE

He tardado mucho, ¿verdad?

MATILDE

En ascuas me tenías.

AURORA

(Haciendo un ademán de sorpresa grande al ver el abrazo de Matilde y Enrique.) ¡Eh! (Aparte.)

(Enrique coge entre sus manos una de las de Matilde y conduce á ésta al puff, donde toman asiento los dos, volviendo la espalda á Aurora.)

MATILDE

(A Enrique.) Temía que vinieses tarde. No vernos, no hablarnos antes de llegar él.

(Aurora seguirá toda la escena con atención creciente, interrumpiendo su labor para manifestar con sus gestos la impresión de vergüenza y asco que el diálogo entablado entre Matilde y Enrique le produce. Es esta una escena durante la cual la actriz habrá de suplir la palabra con la expresión de su fisonomía, con objeto de evitar apartes, siempre convencionales y casi siempre ilógicos. Escena durante la cual deben reflejarse en el rostro de aquella obrera envilecida por la miseria y por el abandono, pero honrada de condición y leal de carácter, múltiples sentimientos, entre los cuales predominarán dos: el de irse encontrando superior poco á poco á los dos miserables que tiene enfrente, y el del asombro y la repugnancia que maldades, de las que ella no es capaz, le producen. Al talento y á la discreción de la actriz encargada del papel de Aurora queda confiada esta escena que ella sola debe crear y transmitir al público.)

ENRIQUE

Vernos sí; porque verte constituye la felicidad mía; pero hablarnos... ¿De qué, y á qué? Cuanto podíamos hablar lo hemos hablado anoche.

MATILDE

Es que yo...

ENRIQUE

Lo inevitable no se discute.

MATILDE

Enrique...

ENRIQUE

Si yo siguiera los impulsos de mi corazón, de mi ser entero, que no halla, que no podrá hallar en el mundo criatura como ésta cuya sangre arde junto á mí, te diría: No te cases, renuncia á Manuel, seamos el uno del otro para siempre, sin obstáculos, sin mortificaciones de ninguna clase; gocemos á la luz del día lo que en el misterio gozamos hoy.

MATILDE

¿Eso dirías? (Con pasión.)

ENRIQUE

Con toda mi alma. ¿Pero y luego?

MATILDE

¡Luego! (Con tristeza.)

ENRIQUE

¿Lo ves? Tú misma contestas con ese luego. Tú también comprendes como yo, que la boda con Manuel es inevitable.

MATILDE

¡Ay! (Suspirando.)

ENRIQUE

(Cogiendo las manos de Matilde y oprimiéndolas entre las suyas.) Deshecha tu boda con Manuel, adiós fortuna; adiós caudales y señoríos de riqueza y de lujo. Adiós porvenir tuyo; adiós porvenir mío también.

MATILDE

¡Cómo!

ENRIQUE

Yo soy pobre. Tú necesitas riquezas para ser dichosa; yo las necesito para imponerme á las gentes, para dominarlas. Ni tú ni yo podemos renunciar á nuestras ambiciones; seríamos muy desgraciados. En cambio, si tú te casas con Manuel, si yo logro encontrar la fortuna que busco... la que hallaré...

MATILDE

Enrique...

ENRIQUE

La hallaré, sí.

MATILDE

¿Y yo?

ENRIQUE

¡Para mí no existe, no existirá nunca más que una mujer en el mundo! (Atrayendo á Matilde hacia sí.)

AURORA

¡Qué infames! (Se levanta indignada y sin poderse contener, produciendo un ruido que hace volver la cabeza á Matilde y Enrique.)

ENRIQUE

¡Gente! (Sorprendido.)

MATILDE

¡Aurora! (Reparando en Aurora, que ha quedado en pie junto á la mesa.) ¿Estabas ahí? (Con intranquilidad.)

AURORA

No; acabo de entrar en este momento.

(Entra Remedios por la derecha.)

ESCENA X

Aurora.—Remedios.—Matilde.—Enrique.

REMEDIOS

(Procurando disimular su contrariedad: á Enrique.) ¿Usted por aquí?

ENRIQUE

¿Cómo iba á faltar sabiendo que llegaba hoy á esta casa mi antiguo compañero de estudios? Deseando estoy saludarle.

REMEDIOS

(A Aurora.) ¿Acabaste?

AURORA

Sí.

REMEDIOS

Vete con Petra al comedor y ayúdala á poner la mesa. Ya no deben tardar. (Sale Aurora por la derecha.) Un almuerzo de familia. (Con intención.) Si quiere usted quedarse...

ENRIQUE

De ningún modo; me están aguardando en el ministerio á la una en punto. Así es que en cuanto salude á Manuel...

(Entra Petra precipitadamente por el fondo.)

ESCENA XI

Matilde.—Remedios.—Petra.—Enrique.—Al final Mariano y Manuel.

PETRA

¡Señora! ¡Señorita!... ¡Ya llegó el viajero. Acaba de apearse del coche. ¡Qué guapo!

MATILDE

(Bajo á Enrique.) ¿De modo que es preciso?

ENRIQUE

(Bajo á Matilde.) Preciso.

REMEDIOS

(A Matilde.) Niña, ¿qué haces ahí como un poste?... Vamos á buscar á Manuel, á salir á su encuentro. (A Petra.) Tú, avisa á Aurora y preparad el lavabo, el baño... todo lo que haga falta.

PETRA

(Asomándose á la puerta derecha.) ¡Aurora! (Llamando.)

REMEDIOS

(A Matilde.) Anda, niña, anda. (Entra Aurora por la derecha.)

AURORA

(A Petra.) ¿Qué?

(Petra habla bajo con Aurora como trasmitiéndole el recado de doña Remedios. Aurora y Petra se dirigen hacia la izquierda, Remedios y Matilde hacia el fondo. En este momento se abre la puerta de cristales que habrá en el segundo fondo y entra por ella Manuel. Detrás de éste Mariano, que llevará en las manos una maleta y un portamantas y entrará por la puerta de la izquierda con ellos. Aurora y Petra quedan á la izquierda contemplando á Manuel, que sin reparar en ellas se dirige al sitio donde están Remedios y Matilde. La actitud de Aurora al ver á Manuel será de asombro, de dolor y alegría á un tiempo.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, N.M.

ESCENA XII

Aurora.— Matilde.— Remedios.— Petra.— Enrique.— Manuel.— *Al final el doctor Ramírez, don Homobono y don Ambrosio.*

AURORA

(Viendo á Manuel.) ¡Qué! (Vacilante y apoyándose en la mesa de despacho.)

MANUEL

(Dirigiéndose á Matilde y Remedios.) ¡Tía! ¡Matilde! (Cogiendo entre sus manos las de Matilde y mirándola cara á cara.) ¡Así! ¡Que pueda mirarte de cerca! ¡Estás hermosísima!

MATILDE

Manuel...

AURORA

(Aparte.) ¡Manuel! ¡Y es á éste, ¡á mi Manuel! al que esos miserables quieren engañar! (Con desesperación.)

PETRA

(Bajo á Aurora.) ¿Qué tienes? Paeces una muerta... se te saltan las lágrimas...

AURORA

¡Yo!... ¡Qué tengo yo!... ¡Nada! Vamos á cumplir nuestra obligación. (Sale por la puerta de la izquierda seguida de Petra.)

MANUEL

(Reparando en Enrique.) ¡Caballero!... ¡Calla, si es Enrique!... ¡Perdóname, chico! (Abrazándole.) (Entran por el fondo el doctor Ramírez, don Ambrosio y don Homobono, á tiempo que aparece por la izquierda Mariano y se retira por la izquierda.)

AMBROSIO

Manuel anda más deprisa que nosotros. (A Remedios.)

MANUEL

(A Enrique.) ¿Conque bien?

ENRIQUE

Admirablemente. Y ya—sólo me detuve para ello—ya que te he dado la bienvenida, me despido de ti.

MANUEL

¡Tan pronto!

ENRIQUE

Asuntos urgentísimos. Nos veremos después. Matilde... Remedios... Señores... (Enrique saluda y sale por el fondo.)

DOCTOR

(Bajo á don Homobono.) Como en los cambios de ministerio. Enrique ha dado posesión al ministro entrante.

HOMOBONO

No se burle usted de él. La resignación es una gran virtud. (Con irónica sencillez.)

ESCENA XIII

Matilde.— Remedios.— Manuel.— El doctor Ramírez, don Homobono y don Ambrosio.

AMBROSIO

(A Matilde.) Ya le tienes aquí.

MANUEL

Sí, Matilde, aquí estoy: aquí tienes al sabio, como me llamabas irónicamente en tus cartas: á este hombre que ha querido estudiar mucho y quiere valer mucho para hacerse digno de tu belleza, de tu bondad y de tu cariño.

MATILDE

Gracias.

REMEDIOS

¡Manuel! (Con satisfacción y cariño.)

AMBROSIO

¡Bravo, chico, bravo!

HOMOBONO

¡Picarón! Cinco años por esos mundos de Dios, es decir, del diablo, porque Inglaterra y Alemania son protestantes; y Francia peor todavía, porque es republicana. ¡Lástima que esos pueblos estén por sus costumbres y por sus

creencias fuera de nuestra santa religión y lástima que los jóvenes vayan á ellas con achaque de aprender ciencia!

MANUEL

¡Qué remedio, don Homobono! En la España católica la enseñan pocos, y á esos pocos ó no les hacen caso ó les dejan morir de hambre en un rincón.

HOMOBONO

¿Eh? (Con mal gesto.)

MANUEL

Además, poco importa que sean católicos ó protestantes los pueblos donde la ciencia vive y se dignifica y adelanta.

HOMOBONO

¿Cómo?

MANUEL

La ciencia se cuida poco de religiones. Sólo tiene una: La verdad. Como sólo tiene dos enemigos irreconciliables: el fanatismo y la intolerancia.

HOMOBONO

¡Eso!...

DOCTOR

(A Ambrosio aparte.) El muchacho se explica.

AMBROSIO

al doctor.) Demasiado.

REMEDIOS

(A Manuel.) Pero hijo...

MANUEL

Sí, señora, sí. La ciencia, el arte, todas las grandes manifestaciones intelectuales, necesitan aire, expansión... Para ellas no puede, no debe haber otras barreras que las naturales, las que el juicio ataca y el trabajo destruye; no las que se crean al amparo de cobardes egoísmos y de tradiciones ridículas. Por eso, en los países de donde vengo yo, la ciencia y el arte producen, conquistan y se engrandecen á beneficio de la humanidad; por eso, en el

nuestro, agonizan y andan con paso de tortuga. No; nuestro atraso no es culpa propia; lo es de esas intolerancias, de esos fanatismos, que, prometiéndonos dichas en el cielo, nos embrutecen en la tierra y acabarían por destruirnos, por matarnos, si se les dejase: pero no haya cuidado, no les dejaremos; hay muchos como yo, muchos dispuestos á combatir sin tregua, para que el suelo donde hemos nacido, no se transforme en una momia geográfica.

(Con entusiasmo y sin reparar en el asombro y mal gesto de todos.)

HOMOBONO

(Levantándose.) ¡Esto es inaguantable! (Se dirige hacia el fondo.)

MATILDE

¿Dónde va usted?

HOMOBONO

Al jardín, á respirar el aire un poco: esta atmósfera me ahoga. (Bajo cuando llega junto á Remedios.) ¿No se lo decía yo á usted? De la cáscara amarga. (Yendo al fondo.) No serás tú quien te llesves los millones del general. (Por Manuel.) (Sale por el fondo.)

ESCENA XIV

Dichos, menos don Homobono

MANUEL

Pero, ¿por qué se va?

DOCTOR

¡Qué sé yo!

AMBROSIO

Sin duda por no discutir tus ideas.

REMEDIOS

Don Homobono es muy religioso.

MATILDE

Tal vez se haya ofendido.

MANUEL

(Sorprendido.) ¡Ofenderse! ¿Con qué motivo? Sea religio-

AURORA

so don Homobono cuanto le venga en gusto; nada más respetable que la conciencia de los demás; cada cual puede creer aquello que le plazca, tener la religión que le plazca.

DOCTOR

Conformes.

MANUEL

Lo que no es posible es que, con pretexto de religión, se trate de esclavizar la ciencia, de poner mordazas al entendimiento, de inmovilizar las sociedades. Eso he dicho yo; no otra cosa.

AMBROSIO

Sí; pero te expresas con tal vehemencia que...

MANUEL

Con la vehemencia de una convicción firme.

REMEDIOS

No obstante...

MANUEL

Si don Homobono no se hubiera marchado, si me hubiese dejado concluir, estaría conforme conmigo.

MATILDE

¿Contigo?...

MANUEL

¡Claro! El, servidor humilde, amante fervoroso de Cristo, ha de estar conforme con quien, como yo, procura por la verdad y por el bien y por la justicia.

AMBROSIO

Eso lo respetamos todos.

MATILDE

Naturalmente.

REMEDIOS

Indudablemente.

DOCTOR

Indiscutiblemente.

MANUEL

¡Pues entonces!... Sí; la verdad, el bien, la justicia. La verdad; la inteligencia de cada uno esforzándose en descubrir verdades, pequeñas, relativas, si ustedes quieren, pero que una á una, cada una de por sí, vayan formando como escalones múltiples por los cuales se llegue á la verdad absoluta, suprema. El bien, no el bien particular, el común, el que, siendo igual para todas las criaturas, acabara por hacerlas felices: eso quiero yo; y quiero también el triunfo de la justicia, de la justicia justa, entendámonos, de la que está escrita en las conciencias más que en los libros, de la que no puede dispensarse á capricho de jueces venales, ganados por la influencia ó por el oro ó por la belleza; la justicia cuyos fundamentos...

AMBROSIO

Voy en busca de don Homobono. (Con mal humor.)

MANUEL

¡Tío!

AMBROSIO

El hombre está sólo, aburriéndose en el jardín.

MANUEL

¿He molestado á usted también? (Con sinceridad.)

AMBROSIO

De ninguna manera. (Procurando reprimirse.) (Con ira.) ¡Estamos frescos con el mozo! (Sale por el fondo.)

ESCENA XV

Matilde.—Remedios.—Manuel.—El doctor Ramírez

MATILDE

¡A Manuel! ¡Eal déjate de discursos y dime lo que te parece el despacho.

MANUEL

(Mirando el despacho distraidamente) Muy bien. (Se acerca al armario de aparatos quirúrgicos y lo abre.) Los instrumentos son de primer orden.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
JUAN FONSECA REYES
Apdo. 1625 MONTERREY, N.L.

DOCTOR

No falta requisito. Ya ves: armario biblioteca, comodidades...

REMEDIOS

La mesa es de nogal: á la última moda.

MATILDE

La sillería de cuero de Córdoba. Mira. (Enseñando el despacho á Manuel.) Calefacción por gas... lámpara eléctrica de seis brazos...

MANUEL

(Distraído.) Bien, bien... ¿Y el laboratorio? (A todos.)

REMEDIOS

(Sorprendida.) ¿El laboratorio?

MATILDE

El...

MANUEL

El laboratorio. ¿De qué se sorprenden ustedes? Mi cuarto de trabajo, de estudio. El gabinete donde pasaré horas y horas, la vida entera, si es preciso, para arrancarle á la ciencia una palabra más, aunque sea una sílaba.

DOCTOR

(Contrariado.) El laboratorio...

MANUEL

Naturalmente. Me es imprescindible. Amo mi profesión: tengo propósito de dedicarle todo mi esfuerzo cerebral. No; no piense hacer de ella, sola y exclusivamente, oficio lucrativo, eso es lo de menos. No crean ustedes que voy á ser como ciertos médicos que, con cuatro fórmulas y cuatro farsas y un coche propio y un despacho magnífico, procuran su medro personal y embaucan tontos y alucinan imbéciles y conquistan necios. No, mis aspiraciones son más altas, más serias.

DOCTOR.

(Aparte.) Me parece que ha llegado el momento de ir á reunirme con don Homobono y con don Ambrosio. (Alto á Remedios.) ¿Y ese almuerzo, Remedios?

REMEDIOS

Ya debían haber avisado.

DOCTOR

En tal caso voy por los prófugos. (Se dirige al fondo y sale por él.)

REMEDIOS

Y yo á meter prisa á los criados. (Se dirige á la derecha.)

MANUEL

¿Y mi laboratorio?

REMEDIOS

(Con mal humor.) Ese lo pones tú á tu gusto. (Aparte.) Ni un elogio por el despacho. (Mirando el retrato del general.) ¡Valiente yerno me has regalado, general! (Sale por la derecha.)

ESCENA XVI

Matilde.—Manuel.—Al final Aurora

MANUEL

(Dirigiéndose á Matilde.) Sí, Matilde. Mis proyectos son grandes. Sólo con grandes proyectos y con grandes esperanzas de realizarlos me hubiese atrevido á pretender la posesión tuya.

MATILDE

¡Manuel!

MANUEL

Sí; te amo, te amaba antes de separarnos. Con la ausencia ha crecido este amor.

MATILDE

¡Manuel, por Dios, yo no merezco!..

MANUEL

(Estrechando cariñosamente las manos de Matilde.) ¡Qué no mereces!... Todo. De ahí que me haya esforzado en valer mucho; y valgo mucho; disculpa mi inmodestia, pero

contigo quiero ser inmodesto. ¿Permites que lo sea? (Con dulzura y cariño.)

MATILDE

¡No lo he de permitir!

MANUEL

Pues oye. Tengo ideas grandes, muy grandes. Ya te las diré una por una. La ciencia será mi acicate; tú mi aliado.

MATILDE

¡Yo!...

MANUEL

¡Qué deliciosa nuestra vida futura! Lejos del mundo, apartados de sus estúpidas vanidades y de sus fútiles placeres: el uno para el otro y los dos para una felicidad sola. ¡Venturoso hogar el que nosotros cimentemos en el apartamento, en el trabajo y en la honradez!

MATILDE

(Que ha seguido con creciente contrariedad las frases de Manuel.)
Sí... sí... (Procurando domiñarse; toca el timbre.)

MANUEL

(Sorprendido.) ¿Qué haces?

MATILDE

¿No lo ves?

MANUEL

¿Llamas?

MATILDE

Te has olvidado de que aquellos señores nos aguardan para almorzar. Tendrás que arreglarte. (Manuel hace un gesto de desagrado y se vuelve de espaldas á la puerta de la derecha por donde entra Aurora.)

MATILDE

(A Aurora.) Mira si está todo dispuesto en el cuarto del señorito. Hasta luego, Manuel. (Aurora pasa hacia la izquierda en forma que queda detrás de Manuel cuando éste se vuelve.)

MANUEL

Pero...

MATILDE

Adiós...

MANUEL

¡Ella también me deja!... ¡Todos me dejan!... ¿Por qué? ¿Qué he hecho yo? (Se vuelve hacia donde está Aurora, que le contempla con amor y tristeza.)

AURORA

(Bajo.) ¡Pobre Manuel!

MANUEL

(Fijándose en Aurora.) ¡Cómo!... ¿Será posible?... ¡Qué posible, seguro!... Es Aurora. (Dirigiéndose á ella.) Aurora, ¿eres tú?

AURORA

(Con tristeza.) Yo soy, señorito Manuel. (Sale por la izquierda.)

MANUEL

¡Aurora! (En actitud de meditación y de recuerdo.)

Telón,

FIN DEL ACTO PRIMERO